



# Revista de Castellón



— No se devuelven los originales aunque no se inserten. —

— La correspondencia al Director: Asensi, 4 —

## ROSA MÍSTICA

Clara María, despechada, aburrida, tira violentamente el libro de hojas entre blancas y pajizas, que al caer crujen nerviosas, y luego se abaten con dolor.

Clara María no comprende, no puede tolerar aquellas historias románticas llenas de lirismo, en que los amantes son heroicos poetas nacidos sólo para amar. — Clara María, aun hoy, cerca del ocaso de su vida, conserva bellezas que en su juventud brillaron suaves y esplendorosas—considera necias fábulas aquellas historias escritas seguramente por un exaltado, por un iluso, por un loco...

Muere la tarde. A través de los amplios ventanales véese el valle verde á trechos, pajizo en otros, grisáceo á lo lejos y en él, desperezando sus múltiples y robustos brazos, los árboles desnudos y secos brillan como el oro. Allá á lo lejos, cerca del monte, una nota blanca, y sobre ella en penacho quimérico, humo espeso y negro, que arriba sobre el cielo cárdeno aparece de un color gris y sucio como espesa niebla. Luego, montes rojizos, montes azulinos y sobre ellos las nubes rojas, incendiadas en un cielo amarillento, verdense, con irisaciones de nácar.

En aquel crepúsculo sangriento, Clara María recorre su vida toda; sus sueños de soltera, sus desengaños de casada. Entonces, soltera aún, leía aquella novela, aquella ú otra ¡qué más da!, y al

danzar en salones y lucir en fiestas y sa-raos, soñaba en el enigmático caballero que había de tejer las rosas del ensueño de su vida.

Y uno primero y luego otro y otros, fueron los mozos de entonces cortejando su belleza dulce y suave. Y así, de uno en otro, mariposa de cariño, saltaba ligera sin fijar el suyo. ¿Cuál de ellos sería? ¿En cuál de ellos se ocultaba el amador dulce y tierno que rimara las estrofas de su vida?...

Luego, su boda con Manolo, aquel muchacho recio y fornido, tostado por el sol y curtido por la brisa marina, que semejava un héroe mitológico con atavios modernos. Sí, seguramente era él; seguramente era Manolo la encarnación de su sueño... Un poco rudo le pareció y pobre tal vez de dulzura; era marino y ¡tenía tan poca costumbre de hablar con mujeres!, pero sus ojos negros y grandes brillaban de un modo especial cuando la miraban... ¡Oh! sí, seguramente era él. Y ella, esperanzada, feliz, entregóse á él ansiosa por sentir las embriagueces todas que su alma presentía.

Los amores fueron breves. Unos meses de espera para los preparativos; visitar tiendas con su madre, ver estas telas y las otras, y qué figurín y cual modisto era el mejor. ¡Oh, que mareo! Y, luego, batistas, holandas y puntillas de *Valenciennes* y blondas y encajes... Un mar de espumas blancas, rizadas y ligeras, y sus manos entre ellas, ¡oh, que gusto! Y recibir los encargos, trajes pri-



morosos, elegantísimos; juegos deliciosos de cama, interiores... Y los regalos. Y, más tarde, el traje de novia, blanco, sutil, rizado, con su velo inmenso, tan bello, tan blanco, ¡tan triste!... ¿Por qué será blanco el traje de las novias? El blanco es símbolo de pureza... pero de blanco visten á las muchachas que mueren. ¿Moriría ella entonces? No, Clara María pensaba nacer á nueva vida, sentía tocar á gloria en su alma, porque su amado había llegado y le traía la felicidad. Ella hubiera preferido el traje como ella, que pregonase su dicha y su contento: ¿de qué color? ¿rosa? ¿azul? ¿rojo?... Sí, rojo, rojo que ríe, rojo que canta, rojo que es fuego, el fuego que luce en los ojos de Manolo. ¿No es el rojo el color de la alegría, de la pasión y de la vida?... Y Clara María se unió á Manolo aturdida, sin conocerle apenas llena la cabeza de ilusiones vaporosas como gasas y encajes y cubierto el cuerpo de encajes y gasas leves y sùtiles como ilusiones.

Después de la boda el viaje lleno de emociones y zozobras; poblaciones que se suceden apenas vistas, un correr frenético por distintos sitios y todos iguales, en todos lo mismo. Clara María no sabe lo que siente, no tiene ningún disgusto, ninguna queja y sin embargo está desilusionada. Sus sueños eran en todo diferentes de la realidad. Ella imaginaba un vivir dulce, todo ternura, todo encanto, con bellas charlas, con caricias imprevistas, con atenciones sùtiles. Y aquel vivir, frío unas veces, intenso y brutal otras, la entristecía y hería en lo más hondo de su alma, en lo más íntimo de su ser. Repugnábale aquellas escenas de brutal apasionamiento, de grosera sensualidad, aquellas caricias fuertes

y duras que dolían en su cuerpo y en su alma. Y, luego, en la calma, aquella frialdad, aquel alejamiento, aquel charlar frívolo y tonto; como entre amigos... ¡Oh, fué una desilución! ¿Se habría equivocado? Y eso que ella entre los que conoció, entre todos sus amigos estimábele el mejor, el más bueno. Luego, los viajes de su esposo: tres meses, cuatro, ¡un año! por tierras desconocidas, tierras de ensueño por lo lejanas y lo quimérico de sus noticias; y sus regresos cargado de preciosidades, baratijas y chucherías para ella, su Clara María... ¡Oh! era muy bueno Manolo, muy bueno, pero... estalla sin ternezas, sin caricias su amor brutal, enardecido y sin delicadezas de enamorado...

¿Serán todos así? Seguramente, ó peores, puesto que todos le alaban y glosan su vivir. Y la envidian sus amigas. ¿A qué escribir esos bellos libros, esas leyendas amorosas, esas fábulas de ensueño?... ¡Oh, los poetas, locos y embusteros!

Y Clara María, sola, hambrienta de cariño, llora la esterilidad de su vida y piensa en Dios, en Dios-Jesucristo todo amor, todo ternura, todo sacrificio... Y allá, en lo último de su ser, al dirigirle sus preces, oye la voz del amado que le dirige palabras de consuelo y esperanza; y Clara María, palpitante el pecho y fija la mirada en lo alto, sonríe extática y embebecida.

MAXIMIANO ALLOZA.

---



---

## Advertencia

La Administración de esta Revista, ruega á los suscriptores de fuera de la capital, manden el importe de su abono á estas oficinas, Asensi, 4.



# El antipapa Pedro de Luna

(BENEDICTO XIII)

La historia del famoso aragonés Pedro de Luna, ha sido mixtificada con tal cúmulo de inexactitudes y de fábulas por el encono y la parcialidad de algunos escritores extranjeros, que resulta empresa muy difícil deslindar lo verdadero de lo falso y reducir á sus exactos límites la participación que tuvo aquel histórico personaje en el gran Cisma de Occidente. Y si al despiadado sectarismo de dichos autores (que han llegado hasta la calumnia, pintando á Benedicto XIII como un mónstruo) \*añadimos el tejido de consejas populares con que la tradición ha adornado la vida del célebre antipapa, abultando su silueta hasta darle proporciones casi legendarias, se comprenderá perfectamente que tengamos que hacer un detenido trabajo de análisis y poner cortapisas á la pluma para compendiar en esta ligera biografía lo mucho que se ha escrito acerca del tenaz solitario de Peñíscola.

\*  
\*\*

Había nacido Pedro de Luna (1) en la humilde villa de Illueca (Zaragoza), por los años de 1334. Pertenece á una de las más nobles y poderosas familias aragonesas, que contó entre sus miembros á muchos

prelados y magnates, (1) y aun á príncipes y reyes de la Casa de Aragón, siendo causa tan numerosa descendencia de que más de un autor haya confundido al famoso antipapa con algunos de sus deudos del mismo nombre y apellido (que también fueron prelados), adjudicando al uno hechos y cargos que no corresponden sino al otro.

Era Pedro de Luna—dice uno de sus biógrafos—bajo de estatura, pero de eximio talento y arrebatadora elocuencia; poseía finas maneras, que daban mayor realce á la pureza de sus costumbres y á su intachable conducta, pero le dominaba la ambición (defecto de familia), que



PILA DEL ANTIPAPA PEDRO DE LUNA.—(Catedral de Tortosa)

trató de satisfacer aun á trueque de echar mano de los más astutos resortes.

Dedicóse á la carrera eclesiástica, aunque más tarde la abandonó, según algunos autores, para abrazar la de las armas, siguiendo las aficiones de su tiempo; pero sin duda no debió hacer en ella muchos progresos, porque pronto volvió á

(1) Su verdadero nombre, según algunos biógrafos, fué Pedro Martín de Luna, ó Pedro Martínez de Luna, como le llama Latassa (*Biblioteca de escritores aragoneses*), el cual pone su nacimiento en el año 1328, fecha que no se compagina bien con lo dicho por él y casi todos los escritores, á saber, que el antipapa murió en 1423, á los noventa años de edad ó muy cerca de ellos. Dice Latassa que sus padres fueron D. Juan Martínez de Luna y D.<sup>a</sup> María Pérez de Alagón y Gotor.

(1) Entre ellos el célebre Condestable de Castilla D. Alvaro de Luna, favorito del rey D. Juan II y árbitro de los destinos de Castilla durante el reinado de aquel monarca.



la esfera religiosa, donde le estaban reservados los mayores triunfos y los más grandes honores. Siendo todavía muy joven (apenas 20 años) comenzó á ser propuesto para diversas prebendas y cargos eclesiásticos, contando sus biógrafos que fué canónigo de Tarazona y de Huesca, arcediano de la iglesia de Santa Engracia de Zaragoza (1), sacrista mayor de la Catedral de Tortosa (2), arcediano titular y paborde de la Seo de Zaragoza, canónigo y paborde (3) de la Catedral de Valencia y visitador apostólico de la Universidad de Salamanca.

Ya poseía la borla de Doctor cuando, con objeto de completar sus estudios, abandonó su patria por los años de 1370 y pasó á Francia, donde no tardó en adquirir justo renombre y ser designado para explicar la cátedra de Derecho canónico en la Universidad de Montpellier. Este nuevo cargo sirvióle de

(1) Esta iglesia pertenecía entonces, y sigue perteneciendo, á la diócesis de Huesca.

(2) Al folio 129 del libro de Actas capitulares de la iglesia de Tortosa, correspondiente al año 1406, se halla un acuerdo relativo á las obligaciones de la dignidad de *Sacrista*, y en él se lee: *... de qua sacristia erat tunc sacrista Benedictus PP. XIII*. El único texto donde hemos visto consignado este curioso dato, es la inédita obra *Apuntes históricos de la Ciudad de Peñíscola*, de que es autor nuestro erudito amigo D. Juan José Febrer Ibáñez, á cuya exquisita amabilidad debemos el haber podido tomar la cita de referencia. La obra del Sr. Febrer es un precioso arsenal de noticias para la historia de Peñíscola, y fué premiada en los Juegos Florales celebrados en Castellón el 7 de Julio de 1911.

(3) La dignidad de *Paborde* (canónigo encargado de administrar los bienes del Cabildo) fué una de las más preeminentes, y tuvo tanto poder y prerrogativas, que en algunas épocas se la consideró como la primera silla *post pontificalem*, poseyéndola siempre personas de gran valía.

escalón para alcanzar aún mayores honores, pues encargado por la Universidad del desempeño de cierta comisión cerca de la Corte pontificia de Gregorio XI, se trasladó á Aviñón, donde ya se conocía la fama de su talento, y tanto

extendió allí sus relaciones y acentuó sus buenos servicios, que en 1375 el Papa le concedió el capelo cardinalicio, con el título de Santa María de Cosmedín.

A partir de este momento comenzó Pedro de Luna á figurar activamente en la política y los asuntos de la Santa Sede, desempeñando con singular acierto diversos cargos y legacías, particularmente en el reino de Aragón, donde podía prestar muy útiles servicios. Cuando en 1377 trasladó Gregorio XI la Corte



MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA (HUESCA).—Fachada de la Capilla de San Victorián, con las armas de Benedicto XIII

pontificia de Aviñón á Roma (1), pasó á esta ciudad con el Colegio de Cardenales y se posesionó personalmente de su diaconado en Santa María de Cosmedín, no tardando en ver morir al piadoso pontífice que tanto le había protegido.

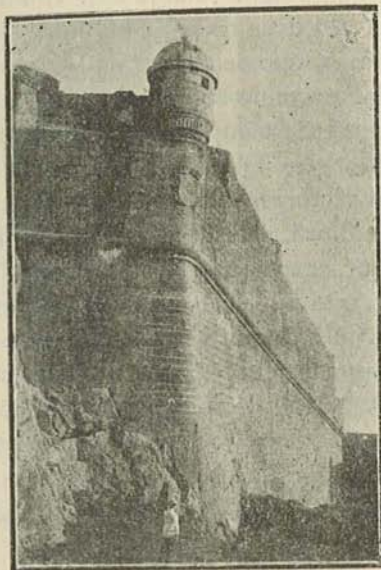
Iniciada después de la elección de Urbano VI (sucesor de Gregorio XI) la profunda escisión que en la Historia de la Iglesia se conoce con el nombre de Cisma de Occidente (2), el Cardenal

(1) Con esta traslación dió fin Gregorio XI á lo que los italianos llamaron *nueva cautividad de Babilonia*, ó sea el periodo de 68 años que estuvieron los Papas residiendo en Aviñón, bajo la influencia de los reyes de Francia.

(2) Se le llamó así para distinguirlo de: gran Cisma de Oriente, ó cisma griego, que aunque no fué tan escandaloso en la forma, determinó en el fondo la absoluta y definitiva separación de la iglesia griega de la latina.



de Aragón, único español que había tomado parte en el cónclave, se unió á los cardenales franceses disidentes y adoptó el partido de Clemente VII, á quien habían elegido en Fondi (1), trasladándose con la Corte de este primer antipapa, primero á Gaeta y luego á Aviñón, de donde habían salido tres años antes.



CASTILLO DE PEÑÍSCOLA  
Donde residió y murió Benedicto XIII

Si el Cardenal español había sido útil al Papa Gregorio XI, no lo fué menos al antipapa Clemente VII. Las naciones se habían dividido al hacer el cisma su aparición, con grave perjuicio para toda la cristiandad, obedeciendo unas al Papa de Roma y otras al de Aviñón. La mayor parte quedaron fieles al primero, pero Francia, Escocia, Nápoles y otros estados menores reconocieron al cismático Clemente VII; y en Aragón, que desde un principio se había declarado neutral (lo mismo que Castilla), trabajaba activamente Pedro de Luna para atraer á Pedro IV al partido del Papa francés.

(1) Sabido es que esta elección (que fué lo que dió origen al cisma) la llevaron á cabo alegando que la anterior, ó sea la de Urbano VI, no era legítima, por haberle efectuado bajo la influencia de la violencia y del miedo, á causa de la presión que hicieron en ellos las amenazas del pueblo y aun de las tropas romanas, que se amotinaron mientras se celebraba el cónclave, pidiendo á gritos la votación de un Papa de nacionalidad italiana.

Durante esta época de su agitada vida estuvo residiendo el Cardenal en Tarragona, de cuyo arzobispado fué nombrado Administrador apostólico, con el cargo de Camarero de su iglesia (1); residió también algún tiempo en Zaragoza, donde habitó el palacio de los Lunas (hoy edificio destinado á Audiencia); y aun la humilde villa de Illueca, que le había visto salir siendo niño, le vió regresar Cardenal y legado pontificio, para descansar algunas días en la casa solariega de sus mayores.

LUIS DEL ARCO.

(Continuará).

---



---

## El cadáver

---

### FÁBULA

Enfermo en el hospital  
Y harto de su negra suerte,  
Llamó gritando á la Muerte,  
Un desvalido mortal;  
Tan pobre y tan desvalido,  
Que nunca supo el cuitado,  
Ni qué padre lo ha engendrado,  
Ni qué madre lo ha parido;  
Ni á qué sabia el placer  
De la amistad verdadera,  
Y mucho menos lo que era  
El amor de una mujer.  
La Muerte al oír sus voces,  
Algo anómalo barrunta,  
Corre, llega y le pregunta:  
—¿Sabes quien soy? me conoces?  
—Sí te conozco, aunque á medias,  
Y sé que de los mortales  
Ya centuplicas los males,  
Ya las congojas remedias.

---

(1) El cargo ó dignidad de *Camarero* era tan antiguo y tan importante como el de *Pavord*. El señorío de la Camarería de Tarragona radicaba en Reus, y en esto se apoyan algunos historiadores para atribuir á la memoria del antipapa Pedro de Luna las insignias pontificales con que remata el escudo de aquella ciudad.



Acaba, pues, con las mías,  
 Que acaso al mismo momento  
 Que les infundas tu aliento  
 Se truequen en alegrías  
 Y cansado de beber  
 Tanto cáliz de amargura,  
 Goce la eterna ventura  
 En el fondo del no ser.—  
 Viendo impasible la Muerte  
 Su firme resolución,  
 Tocándole el corazón,  
 En cadáver lo convierte.  
 Y apenas notó ya fría  
 Su mano febril poco antes,  
 Lo entrega á los estudiantes  
 Del curso de Anatomía,  
 Que alegres y bullangueros  
 Se precipitan sobre él,  
 Como brioso tropel  
 De leones carniceros  
 Y sin pizca de aprensión  
 Lo rajan, lo descuartizan,  
 Lo disecan y analizan,  
 Para estudiar su lección.  
 ¡Oh! si el cadáver tuviera,  
 Como los tenía ayer,  
 Ojos que pudiesen ver,  
 Y boca que hablar pudiera,  
 Confirmara esta verdad;  
*Que al hombre de mala suerte,  
 Hasta después de la muerte  
 Le acosa la adversidad.*

GERMÁN SALINAS.

dar un poco la hora de acostarse y bañar su espíritu en el dulce placer de reconstituir escenas recientes, todavía tibias, en su memoria.

Goce tan íntimo, tan intenso, no lo había sentido nunca. La satisfacción que cuando estudiante, había experimentado alguna vez, tras unos exámenes brillantes ó unas oposiciones lucidas, aunque guardaba alguna semejanza, no podía ni remotamente compararse con la actual. Era más que la satisfacción del amor propio victorioso y el deber cumplido lo que ahora sentía; era algo inefable, algo que estremecía lo más delicado de su sér, que parecía henchir sus entrañas hasta hacer estallar su corazón agobiado por un placer indefinible que le impulsaba lo mismo á llorar que á dar saltos de alegría: manifestaciones de contento que un esfuerzo de su voluntad masculina á duras penas lograba contener.

¡Le quería! ¡Le amaba!... ¡Cuántos días de tortura hasta aquella noche; cuántas dudas, cuántas vacilaciones! Hacía ya mucho tiempo—dos meses que á él se le antojan otros tantos siglos—que buscaba la ocasión propicia de un minuto para hacerle la confesión explícita de su amor; pero ella parecía esquivarla siempre y ésto le tenía descorazonado. Por otra parte, escribirle una carta, le parecía tan inocente!

La verdad es que él tampoco estaba cierto de si sus apreciaciones eran ó no fundadas. ¡Cualquiera veía claro en aquella muchacha grácil, inquieta, viva é inteligente que poseía toda la inconsistencia y volubilidad de sus veinte años escasos! Unas veces creía ver en ella distinciones y deferencias que le colmaban de dicha y esperanza; más no

---

## Escenas de la vida

### Borrachera de felicidad

Octavio, al entrar en su cuarto aquella noche, tiró sobre la cama el abrigo y el sombrero y sentóse en uno de los silloncitos que allí tenía. Deseaba retar-



tardaba mucho en observar que para cualquiera otro guardaba iguales agasajos y muestras de afecto. «Es una coqueta—pensaba entonces—que ha comprendido que la amo y goza atormentándome». Y formaba la resolución firme de no volver más. Pero al día siguiente, á la hora de siempre, despues de cenar, una fuerza misteriosa é irresistible le atraía desde aquella casa. Si podía vencer esta fuerza ibase al casino para tenderse en un diván y pasar allí las horas, triste, sin conseguir apartar el pensamiento de aquella reunión de noches anteriores, donde tanto sufría... y tanto gozaba á un tiempo. Si dejaba el gobierno de sí mismo al arbitrio de sus piernas, volvía á casa de Hortensia; pero triste también, sin humor, y como avergonzado de su derrota.

Se enamoró tan locamente sin darse cuenta. Aquella pasión se había apoderado de su alma poco á poco, con refinada astucia, como el alcohol domina y esclaviza el cuerpo de los alcoholizados. No sabía precisar cuándo comenzó á adorarla: acaso desde el primer día...

Pero se acabó ya el tormento. ¡Por fin, aquella noche...! Y saboreaba los recuerdos con egoísta delectación.

Estaba recostado en el sofá de la pequeña estancia contigua al salón principal, completamente solo, en acecho de cualquiera oportunidad, y pensaba en aquel mismo instante: «Ella sabe que estoy aquí; ¿por qué no viene con cualquier pretexto? ¡Si me quisiera! ¡Si no le fuera indiferente...!»

No habian pasado dos segundos cuando, como si obedeciera á su pensamiento, apareció Hortensia. Se detuvo á unos pasos de la puerta y preguntó con voz casi imperceptible, mirando á ambos la-

dos, con visible desconcierto y algún rubor en las mejillas:

—¿No ha visto V., Octavio, mi pañuelo por aquí?

Octavio contestó con una sencilla negativa.

Ya tenía allí la ocasión, la ocasión tantas veces ansiada; sin embargo, estaba, momentos antes, tan ajeno á que se le había de ofrecer tan pronto, que sintió flaquear su voluntad. «Tendría gracia—pensó—que ahora por cobardía perdiese esta oportunidad que quién sabe cuándo volverá á presentarse. Además, ella ha buscado también esta ocasión, no cabe duda, y si no la aprovecho tendrá motivos para creer que no la quiero.» Estas reflexiones del momento, le decidieron. Hortensia iba ya á retirarse.

—¡Chit, chit!—y se levantó Octavio sintiendo una flojedad en las piernas extraordinaria. Hortensia esperó un poco y volvióse, roja cual una amapola, pero risueña, presintiendo lo que iba á ocurrir. No podía ocultar la alegría que le retozaba en el cuerpo al verse adorada de aquel modo.

—¡Oh, sí! Adivinas lo que deseo decirte; ¿verdad, Hortensia?... ¿Por qué, pues, me hiciste sufrir tanto tiempo?

—¡Cómo saber, si no, que me amabas!

—¡Con toda el alma, Hortensia!...

Intentó decir algo más, pero ella cruzó un dedo á los labios imponiendo silencio y cordura, y sin dejar de sonreír salió al salón grande donde se hallaban los otros contertulios.

Todo fué muy breve. La dicha pasa siempre veloz, como una exhalación; y por eso ahora, sentado en el silloncito de su cuarto, Octavio pretendía retenerla, reconstruirla, saborear codicioso, de



nuevo, hasta los más insignificantes por menores de aquella escena.

Así estuvo varias horas. En el silencio de la noche, con la mirada fija en la nada, abstraído de cuanto le rodeaba, parecía vivir en un mundo extrasensible donde los sentidos no recibieran impresión alguna. De pronto, sin saber cómo, volvió á la realidad. Levantóse, y riendo, extendió los brazos en un enérgico des-perezo. Sintió como un golpe sordo en el cerebro; vibraron sus oídos, y perdiendo el equilibrio, dió un lijero traspiés cual si estuviese beodo. Indudablemente, la felicidad le tenía embriagado.

ENRIQUE DÁVALOS SEGARRA.

## MENUDÈNSIES

Un lacayo valenciá  
tingué un susto y al sinyor  
li preguntá:—¿Nota usted  
si estoy roto de color?

=  
Dos vegæes he naixcút:  
cuan me tiraren al mon  
y el día que tú aseptares  
el present del meu amor.

=  
Al voret quedí encantat  
y tú me digueres «bobo».....  
Tú pasabes per la senda  
yo anabe p' el Camí Fondo.

=  
No sigues molt complasient  
en els novios, María-Rosa,  
perque si tú *els dones péu*  
ells se pendrán atra cosa.

=  
Dormida vals un tésor,  
desperta ni la mitad,  
pues dormida no cocejes  
ni sóltes cap disparat.

=  
Cuan pases p' el meu costat  
y me poses mala cara  
me fas el mateix efecte  
que l' aigua de Carabaña.

TROMPIS.

## Contalles de la terreta

### Una broma pesá

Aquella nit, la *siño* Pepa, l' ama de casa, se chitá molt enchornet, pues una forta migraña no li consintía seguir mes rato en compañía dels quatre *topaors* amics del seu marit, el *siño* Pere, que la machoría de les nits achuntaven el sopars y pagaben á *escote* el vi que durant el *banquete* se trasegababe.

Sinc eren, casi sempre, els comensals que se reuníen en casa el *siño* Pere, ó siguen: éll y els seus quatre amigachos Chimo el *Tramuser*, Chuano de la *Forcá*, Batiste *Panolla* y Quico el *Pallero*.

Com he dit, al prinsipi d' esta narrasió, la migraña de la *siño* Pepa, font causa de que la *topá*, contra lo de costum, prenguera aquella nit un giro pacífic; y no es dir en asó que les atres nits acabaren els sopars com el *ball de Torrent* ó com el *Rosari de l' Aurora*, que solen dir, no; es que cuant la *siño* Pepa no tenía migraña ó atre alifac molest, els finals dels *topaors* eren motiu d' expansió y bon humor de que eren sobrats els contertulios; pero el home propose y la migraña de la *siño* Pepa dispose. Així, pues, no hagué aquella nit brindis jocosos, ni canturales al estil del país, ni rés, en una paraula, que posara en evidencia la *inspirasió* que als homens sol donar el *sumó devino*, com solía dir Batiste *Panolla* en un dels seus brindis *versats*. (¿?)

En defecte d' asó, acordaren chuar una partida de brisca en la que formaren parella el *siño* Pere y el *Tramuser*, contra Chuano de la *Forcá* y Quico el *Pallero*; quedantse de *miró* *Panolla*, que de chocs de cartes no n' entenia *palota*, com solen dir.



De la taula llevaren els restos de la *topá*, deixantla mes neta qu' un espill; y estenent entonces sobre ella una manta d' eixes que diuen morellanes á ralles blaves y blanques, comensaren en molta parsimonia la partida de brisca.

No haurien chuat mes que quatre ó sinc mans, quant *Panolla*, dominat per la son, comensá á becar, pegar cabotaes y á roncar de tal manera que pareixien els seus ronquits verdaderes canonaes ó bé els adolits d' un sicló.

Al fijarse els chuaors en la *serenata* qu' els estabe donant *Panolla* y enfadats perque no 'ls deixaba entendre en els preguntats del choc, s' els ocurri una idea, que podríem dir diabólica, per lo incheniosa y al mateix temps perversa; font la sigüent: apagaren la llum; continuaren á fosques la partida y en veu alta cantant les insidènsies del choc, mentres ú dels quatre despertabe á *Panolla*.

—¡Ché, *Panolla*; vinga, no ronques tan fort; despertat, que ya acabem la partida! Y dient asó, agarrantlo d' un bras, el sacsechabe cóm si fora un sac d' anous.

*Panolla*, á les poques sacsáes, despertá refregantse els ulls en el mocaor de bolsillo qu' en la má s' había quedat al dormirse.

Mentres tant, els atres seguíen la broma:

—Trunfa de rey.

—Com no siga el dels porcs, el d' oros no 'l tinc.

—¡Cuántes hores fá ya qu' aixit?

De pronte, *Panolla*, que per mes qu' es fregaba els ulls seguíe vento tot negre, exclamá ploricant:

—¡Pere, Chuano, Quico, que m' ha tornat segol ¡Que no me vech!

Y comensá á plorar com una *Madalena*.

Els companeros, reprimint la carcallá que ya els asomaba als labios, li dien:

—Pero *Panolla*, ¿qué 's aixó? ¿Qu' ensomies? Vinga, home, despertat que ya mon anem á dormir.

—¡No estic ensomiant, no—contestaba *Panolla*, mich somicant—es que m' ha tornat segol! ¡Ay, mare meua, quína desgrasia! ¡Jí, jí, jí...!

Al vorel tan apurat y chemecós y temment qu' els seus laments despertaren á la siño *Pepa*, els bromistes ensengueren la llum al mateix temps que soltaren la carcallá.

*Panolla*, al vore la mala pasá de que había segut víctima, s' alsá de la cadira fóra de sí y llasant una mirá aguda y penetrant, capás d' atravesar com una barrina salomónica un barandat, exclamá:—¡¡Canalles!!—Y agarrant en la má esquerra la carabaseta del ví y en l' atra la gorra, que li había caigut en terra, se la estacá hasta les orelles y bufant com un bou foguechat, obri la porta del carrer, tancantla en tal furia que feu bambolechar tota la casa, els deixá á tots plantats y sense paraula.

Pasats els primers moments d' asombro, se feren uns cuants comentaris y el *Pallero*, que era home de poques paraules pero bones, digué:

—Ché, no hi ha qu' apurarse; el que no vullgue pols que no vache á la era»; atres bromes mes pesaes mos ha fet éll y les ham tolerat. Con que bona nit, hasta demá y así no ha pasat res.

Y ú detrás del atre abandonaren els *topaors*, en la cúa feta, la casa del siño *Pere*.



# Canto

Al célebre dependiente de tejidos  
«al par que» insigne literato Juanito  
«Toquilla».

No he de entonar, bien se yo,  
ni un couplet ni una habanera  
¡oh! Rey de la *llangostera*  
y Archipámpano del *gró!*

A tí, Señor de la *gasa*;  
Sultán de la *muselina*;  
Barón de la *percalina*.  
y Marqués de la *sarasa*.

A tí, mi musa *oriental*,  
un himno, no una canción,  
te eleva ¡oh gran *muletón*,  
Archiduque del *percal!*

Escucha su humilde canto  
de *beatillas* á coro;  
toma su *granito de oro*  
y envuélvelo con tu *manto*:

Rey sin segundo en la esfera  
que ostentas, de extirpe clara,  
por cetro la *media vara*  
y por toisón la *tijera*;

que ciñes tanta corona  
y ante tu trono... de pino  
se humilla el negro *merino*  
y la soberbia *cretona!*...

Siempre reconocerán  
tu gran poder las *indianas*,  
las *bayetas* y las *panas*  
y el sencillo *tafetán*;

las *corbatas*, las *chalinás*,  
el *damasco*, el *terciopelo*  
los *driles*, el *caramelo*,  
*holandas* y *granadinas*.

Si amoroso el cetro empuñas,  
agradecen tus bondades  
las últimas novedades  
de las *jergas* y *vicuñas*.

Cuando con pedrestres fines  
les dispensas tu favor,

reciben inmenso honor  
las *medias* y *calcetines*.

A pesar de sus desmanes,  
si extiendes tu egregia mano,  
eres, Señor, soberano  
de las *felpas* y *astracanes*.

No con hosco ceño mires  
las *guindas* y los *glasés*,  
los *curatos*, los *piqués*  
y los finos *cachemires*.

Recibe hasta los peldaños  
de tu trono patriarcal  
los *relazos de percal*,  
las *franelas* y los *paños*

que te vienen á ofrecer  
con sus *lanas* y *algodones*,  
*cintas*, *hilos* y *cordones*  
y... *papeles de envolver*.

Y como esclavas leales  
se rinden á tí tranquilas  
las *retortas*, las *manilas*,  
los *pañuelos* y los *chales*.

Las *pitás* y los *satenes*,  
la *seda*, el *tisú*, el *rasmir*...,  
nunca podrán resistir  
de tu buen *fall* los *desdenes!*...

Así pues, genial artista;  
gran Príncipe de la... paz,  
con tu inmenso poder, haz  
por dominar la *batista*.

Y quede igual dominada  
por tu magestad potente,  
con la *lona* resistente  
toda otra *tela* ignorada...

De mi canto terminó  
la música plañidera  
¡oh! Rey de la *llangostera*  
y Archipámpano del *gró!*

Ya puedes sobre el respaldo  
de tu trono descansar  
que ya acabó de cantar  
tu siervo

*Lino del Saldo.*

Por la música  
LUIS MEZQUITA.



## ESCENA ÚLTIMA

*Els mateixos y LEANDRO que ix de la barraca seguit de CUATRETA*

- MIC. Hui ham acabat de partir.  
 LEAN. (*Exit de la barraca*)  
 SINÓ Malena, molt bé; (*Irònicament*)  
 (A Roc). y era eixa la paraula...  
 ROC. Nostra la culpa no es.  
 LEAN. (A Roc) S'entendrà en el meu papá (*Sen*)  
 CUART. (*En sorna*) Ustedes lo pasteu bien. va  
 CUATRE. Eso es una felonía;  
 fe-lo-nia ¿entiende usted? (A Roc)  
 CUART. (Ap.) Ara si que no m'aguante;  
 (A Chimo) ¿lil estaque, Chimo?  
 CHI. ¡A ell!  
 CUART. Oiga Vd., señor Cuatrieta  
 CUATRE. ¡Bárbaro! (*Intentant separarse*)  
 CUART. Pa que otra ves  
 s' anrecuerde, ahí van dos dátils.  
 CUATRE. ¡Borríco!  
 CUART. y aquí, una nués.  
 CUATRE. ¡Socorro! ¡Ay! ¡que me ahogo!  
 ROC. Tragauli el sombreiro.  
 CHI. ¡A ell!  
 MIC. (A Doloretes) Per fi som els dos felisos.  
 CUART. ¿Pero así no bereném?  
 MIC. ¿Y estos señors?  
 DOL. Tens raó.  
 deus convidarlos també.  
 MIC. (*Al públic*) Ya que tot está arreglat  
 puchen y berenarém.  
 DOL. (*Al id.*) Y si el choguet ha agradat  
 aplaudiu y ¡MOS QUEDEM!

## Teiò

- ROC. en les oles, y en un bot  
 se tira de cap al mar.  
 (Ansiosamente) Y qué?  
 CUART. En dos brassellaes  
 Ya te al inglés agarrat.  
 CHI. Y tu ¿no l' has conegut?  
 CUART. A qui?  
 CHI. Al que s' ha tirat  
 á salvarlo.  
 CUART. Un mariner  
 deu ser, y deu ser brगत.  
 CHI. ¿Mone á voreu?  
 CUART. Mone á voreu (*Sen van*)  
 ROC. Esperense, també vaig (*Sen va raere*  
*d' ells*)

## ESCENA IX

- Els mateixos menos CHIMO, CUARTILLET y ROC*  
 MAL. (A Roc) Si, ves, y per si fem falta  
 mosatros, aném detrás;  
 si es presis, obrirem casa.  
 CUATRE. (A Doloretes) chiqueta busca la clau.  
 LEAN. (*Mirant*) Hacia aquí se acerca un grupo.  
 ROC. (*Id.*) Es el inglés desmayat  
 eu una cadira.  
 CUATRE. (*Davant del grupo*) Así,  
 porteu-lo.  
 ROC. Vengan acá. (*Entren al náufragó*  
*en una cadira.*)  
 CARABINE. Un meije, que vinga un meije.  
 ROC. Yo mismo lo iré á buscar (*Sen va*)  
 (El destapa) ¡Com está! ¡qué groci en-  
 treulo á la barraca.  
 MARINERS. ¡Vinga, va! (*El figuen en la*  
*barraca.*)



## ESCEENA X

*Els maleiros menos LEANDRO que es el únic qu' es quedará dins de la barraqueta*

MAL. ¡Ay com venen el disgusts sens' anarlos á buscar!  
 RITA. Si la mar es molt traidora...!  
 Si yo no entrara nugá...  
 DOL. (Ap.) Y á tot asó, ¿Micalet ahón deu haberse ficat?

## ESCEENA XI

*Els maleiros y Chinno que vrrida correns*

CHI. Ya es tic así y eu sé tot.  
 RITA. Este mos ó contaré.  
 CHI. En el Grau no 's parla d' altre.  
 ROC. ¿Qui ha segut?  
 CHI. (Respirant molt cansat.) Ara sabrán. Ya tinc ganes de conèixerl pera donarli un abràs.  
 CHI. No vol vindre, té reparo.  
 ROC. (Fent acció d' anarsen.)  
 CHI. Pos yo t' aniré á buscar.  
 ROC. (Detenintlo.) No 's moleste, yo 'l duré. Vull abrasarlo.

## ESCEENA XII

CUART.

Así está.

(Chinno)

(Presentant á Micalet en companyia de Micalet.)  
 ¡Elli!

ROC. ¡Déixenme! (A Chinno y Cuartillet qu' el suchechen)

CHI. Este es el que t' ha salvat; éste á qui vosté despresia perqu' es pobre.  
 DOL. ¡Callen ya!

CHI. no sé pa que m' han fet vindre.  
 ROC. ¡Ahón anabes, desgrasiat!  
 MIC. (Encortat) Micalet... yo t' agrairé...  
 CHI. Aixó no 's res...  
 MIC. Casi na...

MIC. Aixó ya no val la pena nomenaro.  
 CUART. Si que val;

MIC. perqu' al salvar á eixe chic, al sinó Roc has salvat He cumpplit en el meu deure, y ara m' en vaig á buscar la dicha que hui me neguen. Treballaré; soc honrat.

CHI. (Resoltament á Roc)  
 ¿Y vosté vá á consentir somechant barbaritat?  
 ROC. ¿A qué espera? ¡Obrija el brassos y achuntels en un abràs!  
 ROC. (Desidintse) Tens raó; tú Doloretes, ¿els vols?

DOL. ¡Pare!

CUART. (Per Leandro) Hay que avisar. (Se fica Si tan la vols... leua es en la barraqueta)  
 ROC. (Doloretes y Micalet s' abrasen)  
 CHI. Ya els tenim emparrallats.